

CARTA PASTORAL

QUE LOS EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES

EL ARZOBISPO Y OBISPOS SUFRAGANEOS

DE LA

PROVINCIA ECLESIAÍSTICA DE VALLADOLID

DIRIGEN Á LOS

PÁRROCOS Y ECÓNOMOS Y DEMÁS CLERO PARROQUIAL

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA

DOCTRINA CRISTIANA



Nos el Arzobispo y los Obispos Sufragá- neos de la Provincia Eclesiástica de Valladolid.

A los respetables Párrocos y Ecónomos y demás Clero Pa-
rroquial de nuestras respectivas Diócesis.

Salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

Euntes docete omnes gentes....
docentes eos servare omnia quæ-
cumque mandavi vobis.

(Matt. XXVIII, 19 et 20.)

VENERABLES Y MUY AMADOS HERMANOS:

Os dirigimos esta carta con el ánimo preocupado por la condición de los tiempos que atravesamos al presente, y el corazón conmovido por la índole del asunto, que nos proponemos tratar. Ya tendréis vosotros noticia de la Encíclica *Acerbo nimis*, dirigida á los Prelados de toda la cristiandad por el Soberano Pontífice, que felizmente nos gobierna. Por si algunos de vosotros no la conocen todavía, hemos dispuesto que se imprima á la cabeza de esta carta, con el intento de que todos podáis leerla y estudiarla, bien seguros por nuestra parte de que quien la lea una vez no podrá menos de prestarle la más preferente atención. ¡Tan grande, tan extraordinaria, tan verdaderamente excepcional es la importancia del tema de la

Encíclica *Acerbo nimis!* ¡Como que de ello depende la conservación de la fe, el triunfo del Cristianismo, el porvenir de la Iglesia y la salvación de los pueblos!

Venerados y amados párrocos: nosotros la hemos leído agradable y fraternalmente reunidos en Conferencia junto á la sagrada Silla, que los Toribios y Gennadios ilustraron con sus virtudes, en la antigua ciudad que Plinio calificó de magnífica, en aquella *Astúrica Augusta*, otro tiempo tan opulenta y que hoy, noble y hospitalaria, vive atendida á su trabajo y abrazada á su Religión. Nosotros la hemos leído reunidos en Conferencia, y sus ecos nos parecían, no salidos de la tierra; sino descendidos del cielo. Sus palabras nos parecían, no palabras de hombre mortal; sino palabras de Dios. Sus frases nos parecían, no frases de un gran Pontífice; sino frases del mismo Cristo. Así se nos figuraba y en realidad era así porque el Pontífice Romano es Vicario de Jesucristo; investido con los poderes de toda su autoridad; y según promesa solemne, que garantiza el Evangelio, Cristo ratifica en el cielo, lo que el Papa ordena en la tierra: *Quodcumque ligaveris super terram erit ligatum et in coelo: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelo* (1). Así se nos figuraba, y en realidad era así; porque el Papa es lengua de Cristo. *Romae Episcopus os Christi*, como le llaman los antiguos; y cuando nos habla en virtud del Pontificado supremo, hemos de escuchar su voz cual si hablara Cristo en persona. También esto está consignado en las páginas evangélicas: *Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit. Qui autem me spernit, spernit eum, qui misit me* (2).

Y terminada la lectura de la Encíclica *Acerbo nimis*, con la reverencia y amor que merecen los documentos del Vicario

(1) Matth. XVI, 19.

(2) Luc. X, 16.

de Jesucristo, la tomamos en nuestras manos, la pusimos en nuestra frente, la apretamos á nuestro pecho, la acercamos á nuestros labios y solemnemente acordamos cumplirla por nuestra parte con puntual exactitud y que igualmente la cumpla nuestro digno y celoso Clero. Juntos oímos la lectura, juntos tomamos el acuerdo y del mismo modo juntos os dirigimos nuestra voz de exhortación y mandato, para que, unidos vosotros en un mismo pensamiento y en un mismo modo de obrar, sea decisivo el empuje por la unión de todas las fuerzas, y la empresa alcance la meta con el éxito más glorioso.

Venerables y amados párrocos: Conocemos ya de antemano vuestra proverbial obediencia á los mandamientos del Papa. Una de las tradiciones, más profundamente grabadas en los pechos españoles, es la adhesión inquebrantable á la Cátedra de San Pedro. El escuadrón más lucido, más compacto y más valeroso, que se levantó á defender la Infalibilidad del Papa en el Concilio Vaticano, fué el Episcopado español y sus Hermanos carísimos, españoles por la raza, el idioma y la Religión, los esclarecidos Obispos de la América Latina. Españoles eran también los ocho mil peregrinos, que, dejando admirada á Roma, besaron el pie á Pío IX en 1866. Igualmente españoles eran los que formaban el ejército de catorce mil peregrinos, que á León XIII visitaron en 1894, entre los aplausos unánimes que les prodigaron, los buenos, y los insultos y la rabia de españoles degenerados. ¡No! ni en la época que sus reyes eran los árbitros del mundo, ni después, cuando sus grandezas iban declinando al ocaso, ni al presente, cuando es España pobre y desolada viuda; jamás hubo en la tierra pueblo más reverente, más amante y más entusiasta del Papa. Confiamos, pues, plenamente en vuestra rendida obediencia á los mandatos Pontificios.

Y ¿por qué no decir también, si es una verdad manifiesta y reconocida por todos, que confiamos igualmente en vuestra

ciencia teológica, para hacer comprensible al pueblo la Doctrina de Jesucristo? Tal vez no haya en nuestro Clero todo aquel barniz literario, que por defuera hermosea al de algunas otras naciones y es aliciente poderoso para hacerse escuchar con gusto; pero en lo tocante al fondo, á la solidez de principios, á la riqueza de conceptos, á la claridad de ideas, al método riguroso, á la exposición de doctrina; ¡oh! no es por cierto el Clero español el que puede tener envidia. Es descendiente no indigno de aquellos insignes teólogos que llenaron toda la tierra con la fama de su saber; de los que fueron el pasmo del Santo Concilio de Trento y más tarde la admiración del Concilio Vaticano.

No decaigan, pues, vuestros ánimos, venerables sacerdotes y queridos hermanos nuestros; porque la tentación del miedo, lamentable en todas las épocas, lo es mucho más en la actual, cuando es tan grande la audacia de los soldados del error. Y ¿por qué habéis de temer, si consideraréis la materia de los mandatos del Pontífice? ¿Se os manda acaso enseñar ciencias abstrusas y ajenas á los estudios que habéis hecho? ¿O descubrimientos recientes, conocidos aún de muy pocos? ¿O sistemas controvertibles, que promuevan luchas ruidosas? No. Lo que se os manda enseñar es la Doctrina Cristiana que desde la cuna mamásteis con la leche de vuestras madres, que en la niñez aprendísteis de la boca de vuestros párrocos, que en la juventud estudiásteis dirigidos por hombres doctos, que ha formado toda la vida vuestra ocupación favorita y en la cual habéis adquirido una competencia envidiable. Y de esa Doctrina Cristiana, sólo se os manda enseñar lo incontrovertible, lo cierto, lo más fácil, lo más sencillo, lo más tangible, lo más práctico, lo que se encuentra al alcance del ignorante, del rústico, del pastor, del marinero y hasta del niño y de la niña, que á malas penas han pisado los umbrales de la razón. Y ¿es creíble que exista alguno, á quien pueda infundir temor la en-

señanza de estas materias? No es imposible, amados párrocos; porque á veces se encuentran hombres muy estrechos de corazón y de muy escasos alientos. Pero habréis de confesar que el que se dejara vencer por temores de tal ralea, ya no sería un hombre tímido, sino un verdadero cobarde: y los cobardes son ineptos para formar en las filas del ejército de Jesús, no digamos ya como jefes, mas ni sólo como soldados.

¡ *Tres veces*, decía triste uno de esos pechos angostos, para los que cualquier trabajo es una montaña empinada; *tres veces* cada domingo y *tres veces* cada fiesta deberá predicar el párroco al tenor de la nueva Encíclica! *Tres veces* cada domingo y *tres veces* cada fiesta. ¿Quién tendrá suficiente ciencia para hablar *tres veces* al día? ¿Quién tendrá robustez bastante para resistir *tres sermones*?

Al escuchar, amados párrocos este lenguaje quejumbroso, quizás pueda pensar alguno que son prescripciones nuevas, peregrinas y nunca oídas las promulgadas por el Papa en la Encíclica *Acerbo nimis*. Son, no obstante, en la substancia tan antiguas como la Iglesia; y tan viejas en la forma como el Concilio Tridentino. Lo han probado varios autores, que vosotros conoceréis y no es cosa de molestaros repitiendo lo ya sabido; pero permitidnos siquiera que consignemos aquí la doctrina de un Moralista tan conocido de todos, como de todos respetado. *Proprie loquendo triplex est Parochorum obligatio circa verbum Dei; una praedicandi, nempe divinam legem populis enunciandi; altera pueros instruendi; tertia fideles in Christiana Doctrina erudiendi* (1).

Pero, ¿son en realidad nada menos que tres sermones los que pesarán sobre el párroco todos los domingos y fiestas?

La exageración y la hipérbole pueden trocarse fácilmente en hermanas de la mentira, si no hay cuidado de usarlas

(1) Scavini, *Theol. Moral.*, tom: I, edition 1882, n. 447.

con prudencia y moderación. La predicación del párroco al ofertorio de la misa, es llamada vulgarmente explicación del evangelio, y en los autores españoles lleva siempre el nombre de plática. La instrucción que se da á los niños, se dice generalmente catequesis ó catecismo. La enseñanza de los adultos, explicación de doctrina ó plática doctrinal. ¿Dónde están, pues, los *tres sermones*, que pesarán sobre el párroco todos los domingos y fiestas?

¡Oh! Un sermón en el sentido que hoy día tiene esta voz, es una oración sagrada, que reúne todas las partes de un verdadero discurso, desde el exordio hasta el epílogo, según los preceptos retóricos. No; no es eso lo que la Iglesia ha exigido nunca á los párrocos; ni éstos podrían fácilmente cumplir tal obligación. Lo que les exige la Iglesia es la explicación sencilla, la conversación piadosa, la plática familiar, que dirige el padre á sus hijos, para que se aparten del mal, para que practiquen el bien. Esto manda el Tridentino, cuando les ordena á los párrocos que *apacienten á sus pueblos con palabras de salvación*: esto cuando les dice que les hablen *con palabra breve y sencilla*: esto cuando les advierte que se adapten en la enseñanza á la *capacidad de sus ovejas y á su propia capacidad*. *Plebes sibi commissas, pro sua et earum capacitate, pascant salutaribus verbis... cum brevitare et facilitate sermonis* (1).

Por lo que toca á los niños, dice el Tridentino á los párrocos que *les enseñen con diligencia los rudimentos de la fe y la obediencia á Dios y á los padres* (2), claro es, si fuera posible, con más sencillez todavía, que la que indicada dejamos, dada su más corta edad y su menor inteligencia. No se trata aquí de sermón, ni de plática doctrinal; sino de recitación

(1) Trident. sess. V, c. II de reforma.

(2) Ibid. sess. XXIV, c. IV de reforma.

de la letra del Catecismo, para que se grave hondamente en las memorias infantiles; de preguntas oportunas, que los obliguen á pensar; de reflexiones brevísimas, que se las hagan entender.

Por fin, ¿ha de ser sermón la enseñanza de los adultos, que ha prescrito el Sumo Pontífice en su sapientísima Encíclica? No. La enseñanza de la Doctrina para las personas adultas ha de ser una exposición, una explicación sencilla, una *plática doctrinal*, pero, no tomando por texto nuestro pequeño Catecismo, nuestro célebre *Padre Astete*; sino el *Catecismo á los párrocos*, que publicó San Pío V por decreto del Tridentino, en el que se hallan explicadas todas las verdades católicas, necesarias al pueblo fiel, con tal solidez de fondo y tal claridad de lenguaje, que, si no se procura adrede, casi es imposible hacer una mala explicación.

Séanos, pues, permitido preguntar por segunda vez: ¿dónde están, venerables párrocos, esos *tressermones* terribles que han de pesar sobre el párroco todos los domingos y fiestas? Como véis, los hemos buscado y en ninguna parte parecen. Lo que ha parecido no es más que *una plática y dos doctrinas*: ó *una doctrina y dos pláticas*, si es que en ello tenéis empeño. Una doctrina á los niños, que por más que dure una hora, se ha de pasar sin sentir y ha de ser agradable y dulce, sobre lo cual apelamos á vuestra experiencia futura. A los adultos dos pláticas, pero dos pláticas cortas; porque el cura predica siempre y su auditorio es siempre el mismo. Cortas, para que los fieles puedan escucharlas sin tedio y retenerlas sin cansancio. Cortas, por fin, para que el párroco pueda decirlas sin fatiga y prepararlas con esmero.

¡Prepararlas con esmero! Ved aquí el punto capital.

El trabajo y el deber marchan siempre asidos del brazo, como cariñosos amigos, como hermanos inseparables. Ya el soberano Pontífice en su Encíclica veneranda, con la mirada

segura del saber y de la experiencia, ha previsto el gran peligro que hay en cumplir *de cualquier modo* estos gravísimos deberes; y no vacila en afirmar que abandonarlos por completo ó cumplirlos con negligencia, en la práctica, son dos cosas perfectamente equivalentes.

Y la razón es muy obvia, venerables y amados párrocos. A los que se han de ejercitar en el ministerio del púlpito, pide la Oratoria Sagrada dos preparaciones distintas; la preparación *remota* y la preparación *próxima*. La remota la tienen todos los que han frecuentado las aulas y han estudiado con provecho la Sagrada Teología, remontando sus manantiales, que son la Escritura y los Padres, y bajando á sus derivados, que son la ascética y la mística. Esta preparación remota la tenéis todos vosotros merced á vuestros estudios y al saber de vuestros maestros. Por eso os hemos dicho: No hayáis miedo, tened valor. La explicación del Evangelio, la catequesis de los niños, la enseñanza de los adultos son empresas que se hallan todas al alcance de vuestras fuerzas.

Pero esto se ha de entender con la condición precisa de que nunca os olvidéis de la preparación próxima. Con el transcurso del tiempo lo que se ha sabido se olvida y es necesario recordarlo, los pensamientos se dispersan y es necesario reunirlos, las ideas se desconciertan y es necesario combinarlas; y ¿cómo es posible todo esto, si se olvida el predicador de la preparación próxima? Si os arrojáis á hablar sin preparación conveniente, sea más larga ó más corta, según cada cual necesite; si os arrojáis á hablar sin preparación conveniente, ¿quién será capaz de saber por qué camino tiraréis, ni á qué punto iréis á parar? Como la nave sin piloto, que no ha sabido situarse, ni se ha trazado derrotero, navegaréis al acaso por un mar de ideas confusas, sin saber lo que antes dijisteis ni lo que ahora estáis diciendo, ni lo que diréis después: diréis lo que no queríais, y no diréis lo que queríais: querréis

dar fin al discurso y no acertaréis á acabar, y tras el tormento vuestro y el mayor de vuestros oyentes, por fin bajaréis del púlpito con disgusto y remordimiento, por si vertisteis una idea poco conforme con el dogma, ó soltásteis una palabra ofensiva ó menos prudente.

Preparaos, pues, vosotros para hablar con acierto y fruto, como solían prepararse el gran San Francisco de Sales y el gran San Carlos Borromeo, sin confiar vanamente en la ciencia, ni en la elocuencia. Y si carecéis de alientos para imitar y seguir á varones tan eminentes, imitad y seguid sino al humilde párroco de Ars, Juan Bautista Vianney, elevado recientemente al honor de los altares y cuya canonización no se hará esperar mucho tiempo. ¿Os espantará su talento? Ciertamente que no es fácil. ¿Os asustará su ciencia? Seguramente que es difícil. Corto de ingenio natural, de estudios y de saber, alcanzó con dificultad la aprobación indispensable para ascender al sacerdocio. Sin embargo, Hermanos carísimos; ¡cuántas y cuán grandes fueron las victorias de su palabra! Y ¿sabéis de qué manera? No hemos de negar la eficacia ni de su vida edificante ni de su ferviente oración, elementos de gran valía para mover los corazones; pero los hechos nos obligan á reconocer el influjo de la *preparación próxima*. Escuchad si no á su biógrafo (1) al presentárnoslo en Ars comenzando su ministerio. «Desde el principio (nos dice) asoció la predicación de la santa palabra á la continua oración; y daba tan soberana importancia al ministerio de la palabra, que consagraba todo el tiempo, que le dejaban libre los ejercicios espirituales, á prepararse con un trabajo incesante. No perdonaba sacrificio alguno para ponerse en estado de predicar á su pueblo con toda la fuerza y elocuencia de que era capaz. Para componer las pláticas y homilias se encerraba días enteros en

(1) Monnin, vida, l. 1, c. VIII.

su sacristía, y cuando las había escrito, las recitaba solo y sin testigos, como si estuviera predicando» (1). «Por largo tiempo (nos dice en otra parte el mismo autor), tuvo la costumbre de escribir sus pláticas para el domingo, y ha confesado que le era muy penoso ese trabajo. Fué una de las más duras mortificaciones de su vida. Las componía sin levantar mano, y al efecto pasaba las noches enteras encerrado en su sacristía. Estaba convencido de que el sacerdote, para ser hombre apostólico, debe preparar con el sudor de su frente el pan de la palabra, y que con el mérito de sus esfuerzos atrae sobre su ministerio las bendiciones de Dios» (2).

Labor omnia vincit, venerables y amados párrocos. El trabajo lo vence todo. El trabajo lo vence todo, hasta hacernos fácil aquello que nos parecía imposible. Tomad, pues, todos por modelo al celoso párroco de Ars, y el Señor, que estuvo con él, estará también con vosotros. Tomadle todos por modelo; pero especialmente los jóvenes, los que comenzáis ahora la carrera del sacerdocio; los que váis á desempeñar el servicio de las parroquias, sea con el cargo de curas ó el de meros coadjutores. Comenzad por pedir á Dios que os haga ministros aptos (3) de su divina palabra, y poniendo por vuestra parte las oportunas diligencias, consagraos con toda el alma á escribir esmeradamente vuestras pláticas, homilias y explicaciones de Doctrina; y antes de subir al púlpito ó decirlas desde el altar, predicadlas ante un amigo, que os advierta los defectos, ó recitadlas á solas con el tono de voz y el gesto que lo haríais ante los fieles. Esta es la senda más segura y más derecha y más breve para subir en pocos años á las cumbres de la oratoria, si de Dios habéis recibido especiales disposicio-

(1) Ibid. l. 2, c. I.

(2) Ibid. l. 2, c. VI.

(3) 2 Cor., III, 6.

nes. Y, si no tuviéreis las prendas de las eminencias del púlpito, con este método seréis predicadores evangélicos, utilísimos operarios de la viña del Señor, no engalanados con la pompa de las hojas que se marchitan; pero cargados con el peso de los frutos que duran siempre.

¿Nos replicáis por ventura que este método en sus principios es demasiado laborioso y casi casi abrumador? Con la debida atenuación y para ciertos individuos, no tenemos por qué negarlo y hasta queremos concederlo. Pero fué más abrumador para el santo párroco de Ars, que poseía menos ciencia y menor talento que muchos. Pero el trabajo y la fatiga son condiciones inherentes al ministerio parroquial, para los que han de merecer la corona del buen pastor. Pero el que no está dispuesto á sacrificar su reposo por el bien y la utilidad del rebaño que pastorea, menos lo estará á dar la vida por la salvación de su grey. Pero el trabajo y la fatiga en la edad de la juventud, cuando están enteras las fuerzas y rebosan las energías, son tranquilidad, son descanso para la edad de la vejez, cuando las fuerzas desfallecen y las energías se agotan. El que estudió y escribió y se preparó con afán en la mañana de la vida, habla *ex abundantia cordis* en la tarde de la vejez; y lleno de experiencia y de ciencia y de máximas saludables y de pensamientos sublimes, fluye de su boca un río de aguas frescas y cristalinas, que refrigeran las almas, consuelan los corazones, matan las concupiscencias y hacen florecer las virtudes. El trabajo de antiguos días les parece entonces un sueño, pero un sueño tranquilo, dulce, de placer, de satisfacción; como los ecos de una música muy lejana, pero muy suave; como la voz de la conciencia, que recuerda el deber cumplido, premia con sus alabanzas sacrificios que ya pasaron y regocija y extasía con un cántico sin igual, que, aunque pertenece á la tierra, es preludio de los del cielo. Aquí, sí; no hay que dudar: aquí, en la boca de este hombre, de este sacerdote,

de este ángel, cuadran como en marco de oro las palabras del Eclesiástico: *Cum adhuc junior essem... quaesivi sapientiam... Dedit mihi Dominus linguam mercedem meam... Aperui os meum et loquutus sum... Modicum laborabi et inveni mihi multam requiem* (1).

Mas para cumplir dignamente con los mandamientos del Papa, ó al menos para obtener el objeto que se propone, no os puede bastar la ciencia que aprendisteis en las escuelas, ni aun preparándoos á hablar con el más diligente estudio. Poco sirve la ciencia, que infla, sin la caridad, que edifica (2). Si no acometéis la empresa con la voluntad más resuelta; si no ponéis mano á la obra con el más decidido empeño; si no arden vuestras entrañas con un celo sacerdotal semejante al que sacaron del cenáculo los Apóstoles, pronto sentiréis que os faltan los alientos para la brega; pronto haréis vuestra labor como perezosos obreros; pronto empezareis á ceder en presencia de los obstáculos; pronto dejaréis de estar peleando en primera línea; pronto emprenderéis la fuga como soldados desertores. Pero ¡ay de vuestras ovejas, cuando vuestros labios se cierran y les falte vuestra palabra! ¡Ay mil veces de vosotros, cuando el valor os abandone y calléis como perros mudos! (3) ¡Infelices, pobres ovejas! Ventrán los lobos carniceros, asaltarán el redil y destrozarán el rebaño (4). ¡Pobres infelices pastores! La sangre de las ovejas, caerá sobre vosotros como la lava de un volcán, como la sangre de Abel demandando al cielo venganza, y el juez justo y justiciero os aplicará inexorable la terrible ley del talión. No la ley de *ojo por ojo*, no la ley de *diente por diente* (5), sino la ley de *al-*

(1) Eccl. c. LI, vv. 17, 30, 33 et 35.

(2) 1 Cor. c. VIII, v. 1.

(3) Is. c. LVI, v. 10.

(4) Jon. c. X, v. 12.

(5) Matt. c. V, v. 38.

ma por alma, de condenación por condenación. *Si dicente me ad impium: Morte morieris: non anuntiaveris ei, neque loquutus fueris ut avertatur a via sua impius et vivat; ipse in iniquitate sua morietur, sanguinem autem ejus de manu tua requiram* (1).

Oh venerables sacerdotes, oh párrocos amadísimos: escuchadlo bien y grabadlo hondamente en vuestra memoria: la ciencia es buena, la ciencia es útil, la ciencia es necesaria; pero unida á la caridad, al amor de Dios y del prójimo, al celo sacerdotal, al trabajo no interrumpido, al sacrificio de sí mismo, de la propia tranquilidad, del reposo, de los bienes, si es necesario, de la vida.

La ciencia es una condición inherente al sacerdocio. *La-bia sacerdotis custodient scientiam* (2). La solitud es deber de quien cuida de los demás. *Qui praest in sollicitudine* (3).

Operarios, no señores, quiere Cristo para su mies. *Rogate Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam* (4). Para el buen pastor las ovejas valen más que la propia vida. *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis* (5).

Para el que guarde en su pecho estas cuatro máximas de oro y enderece conforme á ellas su conducta sacerdotal, no imposibles sino hacederas, no difíciles sino fáciles, no amargassino sabrosas, serán las sabias prescripciones del Vicario de Jesucristo, dirigidas al orbe entero en su Encíclica *Acerbo nimis*.

Y para nuestros corazones es un consuelo extraordinario escuchar de su propia boca que nuestros párrocos piensan como pensamos nosotros; y que resueltos á enseñar la Doc-

(1) Ez. c. III, v. 18.

(2) Malac. c. II, v. 7.

(3) Rom. c. XII, v. 8.

(4) Matt. c. IX, v. 38.

(5) Joan. c. X.

trina de Jesucristo á los niños y á los adultos con prontitud de voluntad y con alegría de espíritu, una nubecilla tan sólo aparece, cual punto obscuro, ante los ojos de su alma; el temor de no tener auditorio á quien enseñarla, dada la incredulidad, que se ha apoderado de algunos y la indiferencia espantosa, que se extiende á la mayor parte. No nos extraña ese temor que nos parece natural y, en parte, hijo de su celo. Por un fenómeno raro y por un misterio profundo de los afectos que se agitan en la parte inferior del alma, es frecuente que un gran deseo traiga consigo un gran temor. Grande, muy grande es el deseo que tienen todos los padres de la dicha, del bienestar y de la vida de sus hijos, y ese deseo lleva en sí el continuo y grande temor de su muerte y de su desgracia, que como esfinge pavorosa se levanta delante de ellos, los aguija sin cesar y frecuentemente los turba.

Venerables y amados párrocos, mucho tiene de paternal ese temor, que os inquieta; ese triste presentimiento de que no tendréis auditorio. Y es porque desearíais que todos los feligreses acudieran á vuestras Iglesias y escucharan de vuestros labios la Doctrina de vida eterna. El deseo vehementísimo de que vayan todos á oiros se convierte en un gran temor de que nadie vaya á escucharos. Que no vaya nadie, no: es un imposible moral. Que falten algunos, sí: cabe dentro de lo probable. Pero vamos á suponer que sean pocos los que asistan. Pues para ese caso es la máxima del gran Obispo de Ginebra: *Sermón de poca gente, sermón de mucho fruto*. Fué cierto día á predicar encontrándose casi solo; pero, fiel á su hermosa máxima, subió al púlpito y predicó con igual fervor y entusiasmo que si el templo estuviera lleno. Dios premió su fidelidad con la conversión de un hombre muy conocido en el país; un hereje calvinista, que se hallaba entre sus oyentes.

Pero debéis dar de mano á presentimientos siniestros. Tendréis oyentes abundantes, si ejercéis vuestro ministerio con

esmero y perseverancia. El infeliz que no conoce la importancia de la Doctrina, ¿cómo queréis que tenga afán de ir á escucharla y á aprenderla? *Ignoti nulla cupido*. Pero viendo que otros concurren, poco á poco se irá animando, escuchará la verdad y se irá enamorando de ella, y de un hombre indiferente, ó enemigo de la verdad, haréis un ardiente amigo, un apóstol, quizás un mártir. Tendréis oyentes abundantes. Si los acogéis con amor, ya podéis contar con los niños. Serán todo lo que queráis, vivos, habladores, inquietos; pero al mismo tiempo ellos son los más amados de Dios, los mejores amigos vuestros, los que con menos se contentan y los que han de sacar más fruto. Con talento y con cariño y con calma y con paciencia esas fierecillas se doman y se vuelven al poco tiempo más amantes que los perrillos y más mansos que los corderos. *Dios y los niños* era la máxima de la santa Madre Barat.

Tendréis oyentes abundantes. No irán á oiros muchos sabios; mas considerad que hay muy pocos. No irán á oiros muchos ricos; mas reflexionad que escasean. Tal vez vayan pocos obreros, ¡pobrecitos! Están cogidos en las redes del socialismo. Pero mirad que el árbol malo no es posible que dé buen fruto, que las espinas no dan uvas, que los abrojos no dan higos (1) y que el socialismo positivista, anticatólico é impío promete grandes ganancias; pero ocasiona inmensas pérdidas. Llegará un día el desengaño y los obreros volverán al regazo del cristianismo. Mientras tanto no desmayéis; que os quedan muchos aún. Os quedan los labradores, que cultivan nuestras campiñas y que en su inmensa mayoría se conservan sanos aún. Os queda aún el sexo débil, mejor diríamos el *fuerte*; pues resiste mejor que el hombre los embates de la impiedad. Os queda la juventud; mancebos de fe rebusta y donce-

(1) Matth. V, 16.

llas de piedad viva, que vosotros iréis formando en el catecismo de niños. Os queda esa multitud que podéis llamar *masa neutra*, que colocada en la penumbra, entre la sombra y la luz, entre la duda y la creencia, tiene vacilante el cerebro, pero creyente el corazón, y que sólo está esperando una lámpara que la alumbre y una dulce voz que la llame.

No, no, párrocos venerables: la multitud, por fortuna, no es incrédula todavía. No quiere vivir sin Dios, ni sin Religión, ni sin Cristo. No discute con los *científicos*, porque carece de palabra; pero los oye con desdén y se aparta de sus caminos. Con mucho mayor motivo que en los tiempos de Tertuliano, el alma del pueblo es aún *naturalmente cristiana* y lo irá siendo más y más á medida que los impíos se obstinen en el empeño de formar un pueblo sin Dios, que ha sido y es y será el cimiento insustituible de las sociedades humanas.

Tendréis oyentes abundantes y tendréis abundantes frutos. La palabra que el Santo Padre os ha mandado predicar, no es la palabra del hombre, débil por naturaleza y frecuentemente infecunda. Es la palabra de Dios, *viva, eficaz, más penetrante que una espada de dos filos* (1), de fecundidad tan grande que, como canta el Rey David, ella sola crió los cielos con los astros que los tachonan (2). Y por eso, porque es fecunda, Jesucristo nos la presenta bajo el símbolo de semilla. *Semen est verbum Dei* (3). *La palabra de Dios es semilla*, que sembrada primeramente por el mismo Cristo en persona, germinó verde y lozana en los campos de la Judea; que sembrada inmediatamente por los apóstoles de Cristo, se extendió y echó raíces en toda la tierra explorada; que sembrada poco más tarde por los misioneros de Cristo pasó el gran *mar tene-*

(1) Heb. IV, v. 12.

(2) Ps. 32, v. 6.

(3) Luc. c. VIII, v. 11.

broso y creció como por encanto en el continente de América; que sembrada en la actualidad por los ministros de Cristo, forma el árbol del Evangelio (1), que cobija toda la tierra, y en cuyas extensas ramas vienen las aves á posarse y á cantar la gloria de Dios y la redención del hombre.

¡Oh párrocos venerables! No os olvidéis jamás de que sois los sembradores de esta prodigiosa semilla, que en su seno lleva la fe, la esperanza, la caridad, las virtudes todas cristianas, la salvación sempiterna! Sembradla con abundancia para el bien de vuestras ovejas y para vuestra propia dicha. Al despedirla de la mano y esparcirla sobre la tierra, podrá suceder que una parte caiga á la vera del camino y que la coman las aves ó la pisen los transeuntes (2). Podrá suceder que otra parte caiga en terreno pedregoso y se seque, apenas nacida, por faltarle el jugo preciso (3). Podrá suceder por fin que otra parte caiga entre espinas, y sofocada por ellas, no produzca fruto ninguno (4). Pero otra parte..., estad seguros, porque es Cristo quien nos lo ha dicho..., otra parte caerá en terreno bueno, excelente, de inmejorable calidad, y resarcirá al sembrador de las pérdidas, que ha sufrido, con una cosecha pingüe, *que le rinda el ciento por uno* (5). Necio sería el sembrador que se abstuviera de sembrar por temor á la sequía, al pedrisco ó á la inundación; y más necio el predicador que dejara predicar por temor de que su enseñanza no surtiera efecto en las almas. El que no siembra por temor, el que por temor no predica, es la sequía más terrible, la inundación más desastrosa, el pedrisco más destructor. Por desgracia se encuentran párrocos en cuyos

(1) Matt. c. XIII, v. 32.

(2) Luc. c. VIII, v. 5.

(3) Ib. v. 6.

(4) Ib. v. 7.

(5) Ib. v. 8.

labios suenan siempre las palabras de San Pedro: *Praeceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus* (1). Fáltanos saber si esa noche se la han pasado pescando ó se la han pasado durmiendo; pues no hablan así los párrocos consagrados en cuerpo y alma al cuidado de sus ovejas; ni hablan así los misioneros á quienes devora el celo de la salvación de las almas.

Ni hablaréis así vosotros, venerables y amados párrocos, á quienes nos cabe el placer de enviar esta pastoral. Ahora precisamente, cuando el Divino Jesús por la augusta boca de Pío evangeliza á las turbas desde la barca de Simón (2): cuando con la pluma misma de su Vicario en la tierra, diestramente por Él cortada y como empapada en su sangre, escribe admirable Encíclica, que despide chispas del cielo: cuando nos ordena y nos manda que difundamos por el mundo la palabra que Él predicó y que enseñemos su Doctrina á los grandes y á los pequeños: en resumen, cuando dispone que pongamos proa á mar alta y allí descojamos y echemos nuestras redes para pescar (3); no es permitido, no es lícito, no es digno, no es decoroso disfrazar nuestra pereza ó cubrir nuestra cobardía truncando arbitrariamente la respuesta de Simón, para contestarle: *Maestro: trabajando toda la noche no hemos cogido un solo pez* (4). Lo decoroso, lo digno, lo preciso, lo inexcusable es que empuñemos los remos con valor y con decisión, que boguemos mar adentro sin temor á las tempestades, que requiramos las redes que nos han cabido de herencia, y que descubriendo la frente en señal de veneración, le digamos en alta voz: *¡Bajo tu palabra, Maestro! hé aquí que echamos al agua nuestras redes para pescar* (5).

(1) Luc. V, 5.

(2) Luc. V, 3.

(3) Ibid. 4.

(4) Ibid. 5.

(5) Ibid.

Y cumplida esta obligación, venerables y amados párrocos, dejad á cargo del Maestro el resultado de la pesca. Él hinche la red de Pedro hasta el extremo de rasgarse, de no poder arrastrarla los tripulantes de la barca, de tener que pedir auxilio á los de la nave vecina y de llenarse ambas á dos á la primera redada, de tal modo que falta poco para que se vayan á pique (1).

¡Ah! Esta pesca maravillosa, que sorprende y espanta á Pedro; que espanta del mismo modo á sus compañeros de barca; que espanta de igual manera á sus socios Santiago y Juan; que hace prosternarse á Pedro ante las plantas de Jesús y decirle con efusión: *Apartaos, Señor, de mí, que soy un hombre pecador* (2); sin ninguna clase de duda es un suceso milagroso; pero es también una figura más milagrosa todavía. No la adivinaron siquiera los que tuvieron en el hecho el honrosísimo papel de actores y de testigos. Hubieron necesidad de que el bondadoso Maestro les arrancara la venda que tenían sobre sus ojos y les ocultara de lleno todo un mundo de maravillas. Fué necesario que Jesús infundiera valor á Pedro y le dijera: «¡No temas! Esta pesca es una figura. Hasta hoy te has pasado la vida pescando peces en el mar: de hoy más te la pasarás pescando hombres en la tierra (3). ¿Te parecen muchos los peces que han caído en tu débil red? Pues serán muchos más los hombres que se rindan á tus palabras».

¡Oh párrocos amadísimos! la memoria de lo pasado es la historia de lo futuro. Verdaderamente el mundo se halla convertido en un mar. La barquilla de Pedro boga bajo el temporal más deshecho. Los sistemas más absurdos, los errores más monstruosos, los vicios más repugnantes, las pasiones

(1) Luc. 6 et 7.

(2) Ibid. 8, 9 et 10.

(3) Ibid. 101.

más violentas, la mentira, la calumnia, el ridículo, el odio á muerte se abalanzan sobre la Iglesia como resonante huracán. No temáis, venerables párrocos; porque la barquilla no se hunde (1). Sois pescadores de oficio como Pedro, Santiago y Juan, y tenéis el deber sagrado de poner buena cara al mar. ¡No temáis! Tomad la red y tendedla tranquilamente. De ese modo la tiende Pedro en la capital de Judea y quedan presas en ella nada menos que *tres mil* almas (2). Y vuelve á tenderla otra vez con la misma tranquilidad, y quedan *cinco mil* hombres prisioneros entre sus mallas (3). Y la tiende después en Lidda, donde sana al tullido Eneas (4); y en la ciudad de Samaría, donde confunde á Simón Mago (5); y en la marítima Joppe, donde resucita á Tabita (6); y en la célebre Antioquía, su primera sagrada cátedra; y en el Ponto, la Galacia, la Capadocia y la Bitinia, y por fin en la excelsa Roma, la cabeza y reina del mundo, el mar más largo, y más ancho, y más hondo y más tempestuoso, al que le convida el Maestro cuando le dice: *Duc in altum* (7). Allí tiende todas sus redes, allí lucha valientemente con los aquilones bravíos, allí erige su última cátedra, allí funda la cristiandad y la Iglesia Madre de todas, allí sucumbe como bueno sin entregarse ni rendirse, allí pinta la barquilla con su sangre roja y caliente, allí la amarra á la orilla sobre las corrientes del Tíber, para que sean sus patronos al través de todos los siglos los que lleven puestos en el dedo el Anillo del Pescador.

(1) Matth, XVI, 18.

(2) Act., II, 41.

(3) Ib. IV, 4.

(4) Ib. IX, 34.

(5) Ib. VIII, 20.

(6) Ib. 40.

(7) Luc. V, 4.

Venerables y amados párrocos: no desoiga nadie la voz del que hoy ostenta ese Anillo, del que hoy manda esa Barquilla, del que hoy maneja esas redes. ¿Nos convoca? Hay que concurrir. ¿Nos convida? Hay que aceptar. ¿Nos manda? Hay que obedecer.

¡Vamos allá! ¡Vamos todos! A volver la vista á los ciegos, á dar oído á los sordos, á sanar á los tullidos, á resucitar los muertos, á vocear, para que vuelvan, los fugitivos del templo, á despertar á los dormidos á la vera del buen camino, á restaurar el tipo antiguo de cristianos á la española, sobre todo á hacer de los niños una nueva generación de fe robusta, piedad tierna, costumbres inmaculadas, vida laboriosa y sobria, trato sencillo y agradable, en fin, cristianos decididos, que dan por la Iglesia su vida y ciudadanos leales, que dan su sangre por la patria.

¡Vamos allá! ¡Vamos todos! Con nosotros irá Santiago que plantó la fe en nuestro suelo, San Leandro y San Isidoro que la defendieron con brío, San Braulio y San Ildefonso que la conservaron con gloria, el Bienaventurado Avila que fué Apóstol de Andalucía y el Venerable Claret, que fué Apóstol de toda España. Y aunque nada es el que planta, y aunque nada es el que riega, nos dará el incremento Dios, que estará también con nosotros, para que el sol de la fe no se eclipse nunca en la patria de los héroes que la llevaron al continente americano y á las islas de Oceanía y se hicieron sus adalides donde quiera que fué preciso sacar la espada y esgrimirla en defensa de la verdad.

Como muestra de amor y en prenda de la protección celestial, Venerables y amados párrocos, os enviamos á todos juntamente con vuestro Clero y los fieles que apacentáis, de lo más íntimo del alma nuestra bendición pastoral en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu ✠ Santo. Amén.

Valladolid, veintitres de Enero, fiesta de San Ildefonso, de mil novecientos seis.

† *José Maria,*

Arzobispo de Valladolid.

† *José Tomás,*

Obispo de Filipópolis, Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo.

† *Luis Felipe,*

Obispo de Zamora.

† *Joaquín,*

Obispo de Avila.

† *Fr. Francisco Javier,*

Obispo de Salamanca.

† *Julián,*

Obispo de Segovia.

† *Julián,*

Obispo de Astorga.